

1/17175

APUNTES BIOGRAFICOS

DEL EXCMO. SR.

D. IGNACIO VALDIVIELSO

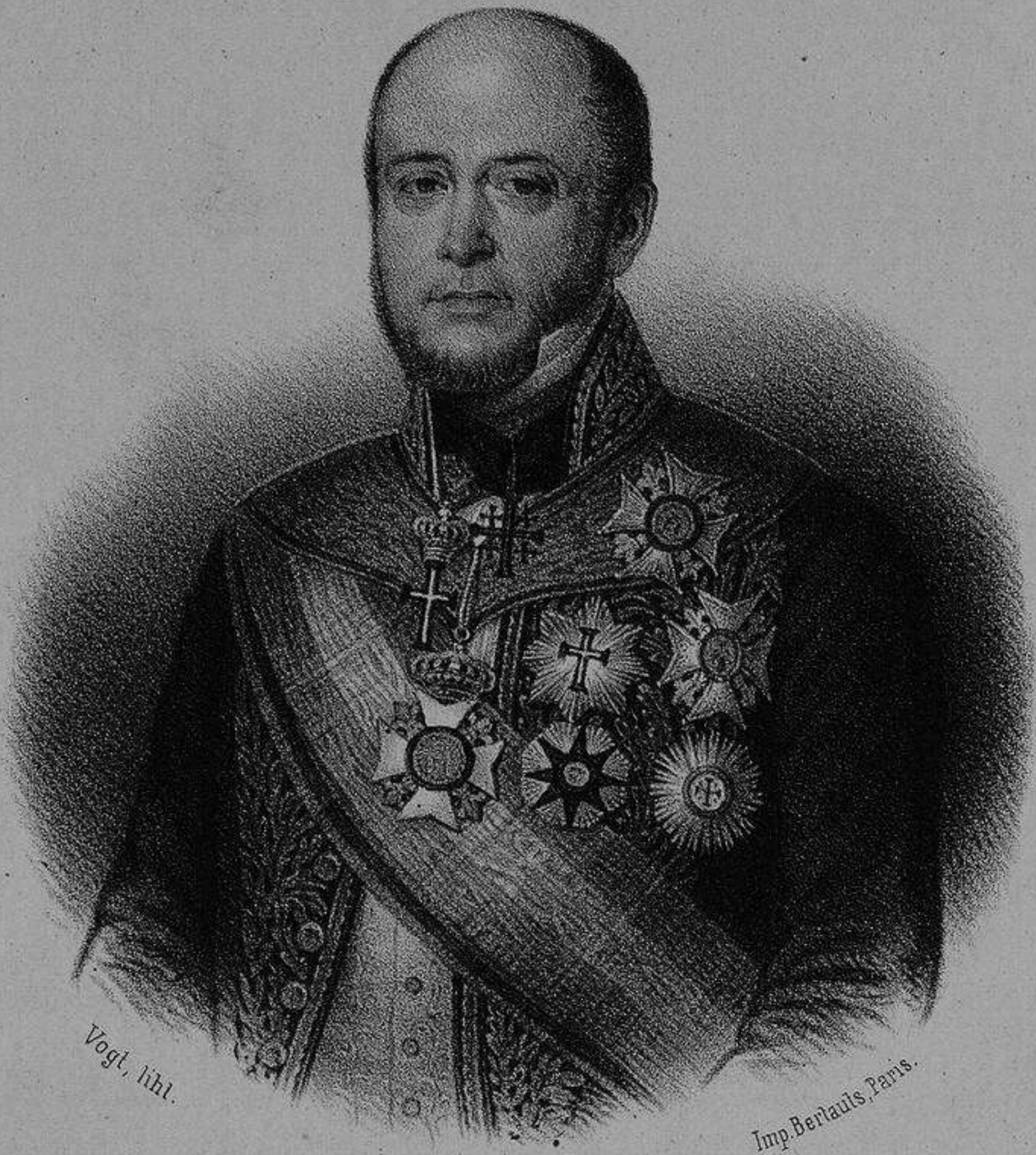


PARIS
IMPRENTA DE A. BOURDILLIAT,
CALLE BREDÁ, 15

—
1861

Leg. 34.

APUNTES BIOGRAFICOS



Ignacio Valdivielso

APUNTES BIOGRAFICOS

DEL EXCMO. SR.

D. IGNACIO VALDIVIELSO



PARIS

IMPRENTA DE A. BOURDILLIAT,

CALLE BREDÁ, 15

—
1861

A.R.V.

APUNTES BIOGRAFICOS
DEL EXCMO. SEÑOR
D. IGNACIO VALDIVIELSO

Distribuyó liberalmente sus
bienes entre los pobres, y esta
virtud será ensalzada con gloria.
Salm. 111, v. 8º.

I.

La honda herida que abre en nuestro corazon la pérdida de una de las personas que nos son queridas, el llanto que humedece nuestros ojos ante la tumba que nos cierra toda esperanza de volver á estrechar la mano de aquellos á quienes estábamos unidos por los vínculos de la familia ó de la amistad, hallan alivio y consuelo cuando los

ue amamos nos dejan la memoria de una vida honrada, y el testimonio de que la luz de la fé religiosa ha brillado siempre en su corazon y en su entendimiento ; apareciendo más esplendorosa aun en los momentos de entregar el espíritu á su Criador.

Y cuando á las prendas que formaban el agrado del hogar doméstico, se añaden las relevantes del hombre público, viene trás el cariño el deber de que se escriban los hechos que más principalmente pueden contribuir á la satisfaccion de sus deudos y amigos y al respeto de los que no le conocieron.

II.

No hace todavía un més que los amigos del Sr. D. Ignacio Valdivielso y Vidal de Lorca, acompañábamos su cadáver á la última morada. Nació este dignísimo caballero en la ciudad de México el 30 de Julio 1805. Fueron sus padres el Sr. D. Ignacio Echevers, Espinal Valdivielso y Azlor, Marqués de San Miguel de Aguayo y Santa Olaya, y la Señora D^a. Ana Vidal de Lorca y Pinzon. El Marqués casó tres veces : su hijo Ignacio lo tuvo de la tercera esposa y fué el trigésimo.

Todavía muy niño, entró á estudiar al Colegio de San Ildefonso, de México, y desde su más tierna edad mereció

grandes elogios por su aplicacion y talentos, y por una circunspeccion poco comun en su edad, que se presentaba como modelo á sus condiscípulos. Amante del saber, infatigable en sus estudios, se dedicó con tal ahinco á ellos, que en todas sus oposiciones salia triunfante, obteniendo siempre el primer premio y el aplauso de sus profesores y del público, que acudia á presenciar esos actos. A los 13 años ganó, en junta de catedráticos, por oposicion, la cátedra de retórica del mismo Colegio de S. Ildefonso, para la que se nombraba cada año al alumno más aventajado; y bien que esto aumentase sus tareas, todavía consagraba sus ratos de descanso á otros estudios científicos, como lo manifestó en varias funciones privadas y públicas que merecieron la calificacion con que el Colegio premia y distingue á los más aprovechados.

En 821 recibió en la Universidad de México el grado de Bachiller, y en 825 el de Bachiller en Cánones. En todos los documentos de sus varios maestros, que tenemos á la vista, lo que luego se echa de ver es el empeño de todos ellos de no limitarse al elogio de la aplicacion y de la notoria capacidad del jóven Valdivielso, que al decir de sus mismos profesores, le hacian superior en apròvechamiento á sus condiscípulos, sino en encomiar esas prendas morales que le acompañaron hasta los últimos momentos de su vida.

III.

Estos brillantes estudios, la distinguida familia á que pertenecía, sus bellas cualidades y esquisitas maneras, le hacian muy á propósito para la carrera diplomática que siguió por eleccion. En la primera mision que se nombró para Roma y se confió al Sr. Vazques, luego obispo de la Puebla, fué nombrado agregado sin sueldo alguno. Empezó, pues, su viaje á espensas de su familia, y apenas llegado á Europa, que fué el año de 1825, se dedicó al estudio de las lenguas vivas. Aprovechándose del tiempo que hubo de demorarse el Señor Vazques en Bruselas, pasó con la vénia de éste á Lóndres á aprender el inglés, que logró hablar correctamente ; de modo

que cuando la mision llegó á Roma, vencidas las dificultades políticas que retardaron algun tiempo su presentacion, el jóven agregado sabia ya el francés y el inglés, como luego habló el italiano, teniendo suma facilidad para los idiomas que poseía con notable correccion y pureza (en los últimos años de su vida aprendió el aleman). En 830, su gefe, testigo de su mérito y apreciador de su conducta, le nombró Secretario interino de la Legacion, y el Gobierno aprobó, elogiándolo, este nombramiento.

En Roma fué muy apreciado, granjeándose muy buenas simpatías en la Córte y en la Sociedad, que siempre conservaron de él una grata memoria.

A principios de 832, fué nombrado segundo Secretario de la Legacion en Lóndres, y al año siguiente para el mismo puesto en Paris, en el cual sirvió pocos meses por haber sido nombrado, en premio de sus servicios, Cónsul general en las Ciudades Anseáticas. En 834, se le destinó como Secretario de la Legacion en Prusia, con retencion de su puesto de Cónsul en las dichas Ciudades, el cual no volvió ya á desempeñar, porque al entrar al Ministerio de relaciones exteriores de México el ilustre patricio D. José M. Gutierrez de Estrada quiso, como él mismo dijo entonces, poner término á ese estado que no era ni de paz ni de guerra, entre España y México, y nombró para negociar el tratado del reconocimiento de la independencia de México al digno D. Miguel Santa María, dándole por Secretario al Sr. Valdivielso; nombramiento acertadísimo, ya por la ilustracion y servicios de éste,

ya por su parentesco con dos de las familias de la más alta aristocracia española, circunstancia muy propicia también para la primera misión mexicana que se presentaba en España.

IV.

Aquella acogida tan lisonjera como merecida, que encontraba por todas partes el Sr. Valdivielso, se manifestó mas palpable necesariamente en España, por razon de los vínculos que le unian á aquella nacion ; y las personas de todas las clases de la Sociedad que allí le conocieron conservan un recuerdo muy halagüeño y honroso de su persona. En la delicada mision que se encomendó al Sr. Santa María, le fué de reconocida utilidad ; habiendo conferenciado muchas veces en lugar suyo con el Sr. Calatrava, Primer Secretario de Estado de S. M. C., cuando las enfermedades de su gefe impedian á éste acudir á Palacio. Precisamente á esta circunstancia se

debió la oftálmia que desde entonces aquejó al Sr. Valdivielso porque siendo las conferencias de noche y muy peligrosos los vientos de Madrid, el repentino cambio de temperatura le ocasionó ese mal. D. Miguel Santa María falleció antes del canje del tratado de reconocimiento de la independencia de México, para el cual se nombró Plenipotenciario al Sr. Valdivielso, eleccion de que el gobierno español « se felicitó por » recaer en una persona ventajosamente conocida del gobierno » de S. M., » segun las palabras de aquel Ministro de Estado.

Nombrado encargado de negocios en aquella Córte, permaneció allí largo tiempo, siendo cada dia más estimado y contrayendo amistad bastante íntima con el Cuerpo diplomático extranjero que allí residia, al cual pertenecian algunos hombres políticos que luego han sido varias veces miembros del gabinete en Paris y Lóndres y le conservaron siempre buena amistad. Mereció tambien una singular benevolencia á S. M. la Reina Cristina, de cuyos augustos lábios fué notorio que se oyó mas de una vez el elogio de tan entendido y perfecto caballero. En 842, fué ascendido á Enviado Estraordinario y Ministro Plenipotenciario, cuyo nombramiento fué aprobado por el Senado, y en 844, suspendió esas funciones por habersele confiado una mision estraordinaria á Roma, de gravedad suma.

Al responder el General Narvaez, como Ministro de Estado, á la nota en que el Sr. Valdivielso le participaba su ausencia temporal, le decia « que era muy sensible al Gobierno de S. M. » ver interrumpidas, aun cuando no fuese mas que por algunos

» meses, las relaciones oficiales que por muchos años habia
» seguido con él, y en el curso de las cuales no habia hallado
» mas que nuevas pruebas cada vez del franco carácter, leal
» proceder y respectables cualidades que concurrían en su
» persona y que justificaban la eleccion acertada del Gobierno
» mexicano y los deseos que formaba el de S. M. porque vol-
» viera al puesto que ocupaba con tanta satisfaccion de ambas
» potencias. »

No fué poco el júbilo que tuvieron sus amigos en la Córte de Roma al volver á verle tan caracterizado oficialmente. Del Pontífice mismo, Gregorio XVI, tuvo la recepcion mas benévola y el célebre Cardenal Lambruschini que en el curso de las conferencias tenidas por ambos en italiano purísimo, habia podido apreciar las relevantes prendas del enviado mexicano, manifestó espontáneamente su sentimiento cuando el Sr. Valdivielso tuvo que anunciarle su viaje á México. Quiso Su Emi-nencia consignar oficialmente « los nobles sentimientos del » Sr. Valdivielso, su religiosidad, las prendas que le habian » allegado la estimacion y benevolencia del Santo Padre y el » mérito particular que habia impulsado al Cardenal á darle » tantos testimonios sincéros de su propia estimacion. » La audiencia de despedida que obtuvo del Señor Gregorio XVI, le causó gratísima impresion, bajo la cual marchó á México á dar cuenta oral de su mision, para ampliar así los luminosos despachos que sobre tan árduas cuestiones habia enviado desde Madrid, Florencia y Roma. Todo lo que hizo y dijo fué, como era de esperar, aprobado por el Gobierno de México, el cual le

previno en 845, volviese á Europa á encargarse de la Legacion en Madrid, al mismo tiempo que á solicitud suya le concedia una licencia para atender á su salud; encargándole, sin embargo, que hiciese uso de ella el menos tiempo que pudiese. En Madrid permaneció hasta 846, que el nuevo gobierno de México dispuso cesase en su mision. La sociedad toda de Madrid y la prensa estuvieron unánimes en lamentar esta separacion que les privaba del trato de un hombre tan generalmente querido allí; y cada uno de sus muchos amigos se hacia un deber de repetir la nobleza y lealtad de la conducta de este distinguido diplomático. Era entonces Ministro de Estado el Sr. Isturiz, actual representante de España en Lóndres, el cual le espresó oficialmente « su sentimiento personal por verle » alejado de un puesto en donde á la par que habia mirado en » todos tiempos con perseverancia y lealtad por los intereses de » su país, como digno representante suyo, habia sabido captarse el aprecio del Gobierno de S. M., que habia tenido » ocasion de admirar las prendas personales que le adornaban. » Dicen que S. M. D^a Isabel II, que desde niña habia visto en Palacio al Sr. Valdivielso, dijo que si lo permitiera el sistema político de México, le habria concedido un título de Castilla, como una prueba de lo que habia sido acepto á Su Persona. No pudiendo ser esto, S. M. espidió un decreto en 8 de diciembre de 846, en el cual dice que « queriendo darle un testimonio » público de su Real aprecio, le concede la Gran Cruz de Carlos III, » cuyas insignias le remitió el Sr. Isturiz al comunicarle dicho decreto.

Pocos meses antes de esta separacion, habia sido nombrado á la vez Ministro en Paris y en Lóndres para tratar de asuntos de importancia , pero el estado de su salud le habia impedido aceptar esta delicada y doble mision.

V.

Retirado á Paris con la intencion y deseo de separarse del servicio y de pasar sus dias al lado de un escelente amigo, tuvo al año siguiente el dolor y la vergüenza de saber la páfida invasion de los Estados Unidos en México; y apenas concluida ésta, que tan triste impresion habia dejado en su ánimo, vino á renovársela la revolucion de Francia en 1848, que tanto abatió tambien aun á los espíritus más levantados; porque hombre de progreso y amante sincéro de una libertad bien entendida, siempre lamentó esa confusion en las ideas en que haciéndose un ignoble abuso de las palabras, se atacaban

las instituciones más venerandas y los fundamentos de la sociedad, salvada entonces por la gloria y la fortuna de un solo hombre.

En este estado recibió el inesperado nombramiento de ministro en Roma; y aunque su primera intencion fué la de mantenerse en su propósito de no servir más en la carrera pública, cedió noblemente á las poderosas razones que su gobierno le daba y á los consejos y á los votos de sus amigos de México, que todos le rogaban, en nombre de la patria, no se negase al nuevo servicio que de él se esperaba. Entonces fué cuando el que escribe estas líneas tuvo la honra y la fortuna de empezar la carrera diplomática á las órdenes del Sr. Valdivielso; y desde esa época, desde el primer momento en que se vieron, se profesaron una tierna amistad, jamás interrumpida, sirviéndole de mucho con su autorizada palabra y su consejo en las ocasiones que buscaba de mostrarle esa constante simpatía y vivo interés que le reiteró con bondad suma á las puertas mismas del sepulcro !...

Apenas habia salido de Paris para Roma, estalló en a Ciudad eterna aquella nefanda revolucion en que se correspondió á la magnanimidad de Pio IX con la impiedad y la ingratitud más grosera que registrará la historia. Obligado Su Santidad á refugiarse en la fortaleza de Gaeta, se dirigió allí el Sr. Valdivielso á presentar sus credenciales; siendo recibido con la doble satisfaccion que inspiraban su persona y el ver un Ministro más que se unía presuroso al Cuerpo diplomático que habia seguido las huellas del Vicario de Jesu-

cristo en el destierro, formándole, como Su Santidad decia, honrosa corona.

La solemnidad de las circunstancias de aquella época, impidieron al Sr. Valdivielso el dar feliz cima á su mision; pues aunque llevó su celo hasta emprender trabajos de que otros se hubieran creido dispensados en los momentos en que el cañon tronaba por toda Europa y se derrumbaban los tronos, no fué posible concluirlos sin la copia de antecedentes que solo podian hallarse en Roma.

Al mismo tiempo escribia dando cuenta á su gobierno de los extraordinarios sucesos de aquella época aciaga, que habia sin embargo de procurarle un consuelo y una satisfaccion personal. Era la causa de Pio IX la causa de todo el Orbe Católico, y como tal, tomaban parte en las discusiones del Cuerpo diplomático los representantes todos acreditados cerca del Santo Padre. No podia en aquellas reuniones pasar desapercibido el dictámen de un hombre tan conocedor de las cosas de Europa, y nos consta que su voz fué mas de una vez escuchada allí con aprecio, lo mismo que en presencia del Santo Padre cuando tocó al Sr. Valdivielso darle cuenta de lo que se opinaba al tratar de los sagrados intereses que tanto preocupaban á los representantes extranjeros.

Obligado á volver á Paris súbitamente el Sr. Valdivielso al desempeño de otra comision que allí le llamaba, se despidió de Su Santidad, quien por medio de su Cardenal Ministro le hizo saber oficialmente «el sentimiento del Santo Padre por su partida, pues que además de las bellas dotes que le adornaban

» y de aquel carácter leal y conciliador que tan distinguido
» le hacia, el Pontífice habia podido apreciar los sentimientos
» de su adhesion á la Santa Sede. »

Al llegar á Marsella, se encontró con despachos de su gobierno en que al encargarle pusiese en manos de Su Santidad la piadosa ofrenda del clero y católico pueblo mexicano, se le prevenia entregase tambien la carta del Presidente de la República ofreciendo al Pontífice la hospitalidad en aquellas apartadas rejiones; carta en que brillaban los sentimientos más bellos, espresados en un bello y noble lenguaje.

Cumplida tan grata mision con el tacto que jamás le abandonó, volvió á Paris á terminar la comision de que se ha hablado. Antes de partir, quiso Su Santidad condecorarle con la Gran Cruz de la orden de Pio IX, cuyas insignias recibió de manos del Cardenal Ministro. Esta distincion del Pontífice era muy propia de su deseo de mostrar el aprecio con que habia visto el apresuramiento de acudir á Gaeta los individuos del Cuerpo diplomático, los cuales recibieron una distincion análoga, además de la magnífica medalla de oro que se grabó en esta ocasion para *solo* los gefes de mision que tuvieron la suerte de acompañar en su destierro al Vicario de Jesucristo (1).

La singular benevolencia que el Sr. Valdivielso habia sabido merecer en la Córte Pontificia, movió además á Pio IX á dar otra prueba de su personal aprecio al representante de México.

(1) La del Sr. Valdivielso la ha dejado para su buen amigo el Sr. D. José Bernardo Couto.

Habiéndole oído decir que pensaba retirarse de la carrera diplomática, atento á que sus males, agravados con el clima de Gaeta, exigian de mas quietud, le condecoró con la orden de Cristo ; siendo la voluntad del Pontífice que en la nota que se pasó al Sr. Valdivielso, comunicándoselo, no se hiciese mencion de su carácter oficial, para que constase que esa distincion era puramente personal.

El rey de Nápoles, en cuyo territorio se habia refugiado el Pontífice, quiso tambien dar al Sr. Valdivielso « un testimonio » de la estimacion particular que hacia de su persona, » y le confirió la Gran Cruz de Francisco I^o. Poco tiempo despues fué condecorado con la cruz del Santo Sepulcro de Jerusalem.

Este galardón tan noblemente alcanzado y el aplauso que mereció su mision entre sus compatriotas, no pudo empero decidirle á desechar el escrúpulo, altamente honroso para él, como sensible para su patria, de que sus achaques le impedian servir con su celo acostumbrado. Así, en la edad de la ambicion y cuando más lisonjeado sentia su amor propio, renunció á todo y se retiró de nuevo al lado de su amigo, convencido siempre de que la gravedad del mal que adolecia iba á llevarle pronto á la tumba. Bien que esta no fuera la opinion de sus amigos, rehusó varias veces las nuevas misiones que se le confiaron. Durante los doce años transcurridos desde su vuelta de Gaeta hasta su muerte, vivió en el mayor retraimiento ; y aunque en todo seguía mostrando su esquisita sensibilidad y noble corazon, en todo cuanto tocaba á su persona lo miraba ya como quien se considera muerto para el mundo. Esa lucha

perenne que enjendra y mantiene el apego á las cosas de esta vida, le fué ya desconocida, y ya no lo mostraba mas que para el cumplimiento de aquellos deberes que él mismo se impuso por efecto de la bondad de su carácter y los principios religiosos en que fué educado.

VI.

No cumple á nuestro propósito, ni tampoco tendríamos derecho á intentarlo, el tratar de los graves asuntos diplomáticos que se confiaron al Sr. Valdivielso. Si así no fuera, tendríamos abundantes datos con que poner de manifiesto su intelijencia y práctica diplomática, así como la honrosa calificación que sus trabajos merecieron á los Ministros extranjeros con quienes tuvo que tratar. Nada importa que representase á un país lejano y apartado de las cuestiones europeas, que el mérito aparece allí donde realmente existe, y la distinción que del Sr. Valdivielso hacían los diplomáticos todos que le trataban, el aprecio de los hombres notables de todos los países en que residía y la

deferencia notoria de los gobiernos cerca de los cuales estaba acreditado, son pruebas harto seguras de que habria podido representar con honra y con éxito á cualquiera Córte europea. Además de su saber, poseía en alto grado las dotes del hombre de sociedad, las maneras nobles que tan bien sientan en quien sigue esa carrera, el conocimiento perfecto de varios idiomas, cierta elegancia en el decir, y sobre todo aquella lealtad que ha de acompañar la menor de nuestras acciones.

VII.

Los últimos años de su vida fueron para él un verdadero martirio por los crueles padecimientos que le producía el cáncer que le estaba devorando, aunque sus facultades intelectuales jamás se debilitaron.

En los primeros meses del presente año conoció que su fin estaba próximo y tomó con admirable sangre fría sus últimas disposiciones. La gravedad aumentó á principios de Mayo, y su primer cuidado fué llamar á un virtuoso y entendido sacerdote que le preparase para morir. Y aquí conviene añadir que el Santo Padre, que conservó siempre del Sr. Valdivielso una grata memoria, solía enviarle su Bendicion Apostólica, y

Dios le inspiró sin duda que se la mandase la víspera misma de recibir los Sacramentos. Alentado con ella, quiso que se pidiera á Su Santidad elevase á Dios sus preces por él en la misa. Comunicado este piadoso deseo al Cardenal Ministro, se recibió una tierna carta de Su Eminencia, de fecha 14 de Mayo, en que decía « que Su Santidad lo habia recordado con mucho gusto en » sus oraciones y que le enviaba además con *todo corazon* Su » Apostólica Bendicion. » El acto de recibir los Sacramentos fué tiernísimo. Jamás lo olvidará el que escribe estas líneas, á quien honró elijiéndole para que fuese uno de los tres amigos que presenciasen ese acto religioso. « Hoy no vienen Ustedes » á honrar esta casa, dijo aludiendo á la presencia de los Sacra- » mentos, sino á ser honrados en ella. » Su fé le hizo prorrumpir en un tierno llanto, á la vez que su despedida de este mundo la hacia con aquella uncion tan propia del que *cree* y del modo más humilde que la Iglesia Católica puede desear de un hijo suyo. Así dispuesto, lleno de aquel santo temor de Dios que, como decía, es el principio de toda sabiduría, esperó sereno la muerte, pronunciando frecuentemente las frases más elocuentes y consoladoras que le inspiraba su piedad. Por fortuna pudieron mitigársele los dolores que por muchos años habian hecho tan penosa su existencia, y su muerte fué dulce y tranquila, entregando su espíritu al Señor el viérnes 17 de Mayo á las ocho de la mañana.

VIII.

Dios que no deja sin recompensa un vaso de agua ofrecido en su nombre, habrá dado ya en un mundo mejor la que merece el fervoroso creyente que teniendo caudal más que suficiente para que su efijie y su nombre se esculpiesen en bronces y mármoles, pidió con humildad evangélica que su cuerpo fuese echado en la fosa comun, y lleno de caridad cristiana, despues de algunas mandas ó legados, « instituye á los pobres por sus herederos de todo el considerable remanente de su caudal, ya para

» ofrecer á su Dios y Señor este pequenísimó y humilde des-
» cargo de sus culpas, en beneficio de sus iguales y hermanos
» queridos, y ya por la mucha compasion que siempre le han
» inspirado. »

IX.



De ilustre linaje, de elevacion de carácter, de sentimientos benévolos, cortés en la frase, noble en las maneras, digno en todo, el Sr. Valdivielso tuvo el privilegio de que en la sociedad de todas las Córtes en que estuvo disfrutó del aprecio general y de la envidiable reputacion de hombre ilustrado y perfecto caballero. Sus parientes, sus conciudadanos y sus numerosos amigos repetirémos con un distinguido diplomático extranjero, amigo suyo, que al ver bajar á la tierra su cadáver exclamó : « Hemos perdido un hombre verdaderamente honrado. »

JOSÉ HIDALGO.

Paris, 12 de Junio de 1861.

